



CELAM  
CONSEJO EPISCOPAL  
LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

# SÍNTESIS DE REUNIÓN DEL SÍNODO:

## Región Caribe





# DIEZ DIMENSIONES DEL CAMINO SINODAL

## RESUMEN

El presente documento corresponde a la síntesis de la zona Caribe compuesta por las conferencias episcopales de las Antillas (que agrupa a las diócesis en los países y territorios de Bahamas, Barbados, Belice, Bermudas, Dominica, Granada, Guadalupe, Guyana, Guyana Francesa, Islas Turcas y Caicos, Islas Vírgenes Británicas, Jamaica, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas, Surinam, Trinidad y Tobago y Martinica), Cuba, Haití, Puerto Rico y República Dominicana; una zona es de gran diversidad sociopolítica, cultural y geográfica, lo que impacta directamente en las síntesis presentadas.

El *caminar juntos* es fácil cuando estamos con personas que son iguales a nosotros, el desafío es con quienes no lo son: los alejados y, entre ellos, a quienes como Iglesia hemos alejado y quienes se han autoexiliado. Se concluye que hay que construirse desde la mirada del otro y salir al encuentro.

Se vincula la escucha y el hablar claro y se reconoce una “deuda de escucha”. Hacia el interior, dos actores destacan: los jóvenes que no se sienten comprendidos y las mujeres que no se sienten valoradas; ellos no participan en la toma de decisiones ni tampoco se les confían responsabilidades. Ambas figuras emergen una y otra vez a lo largo de las síntesis nacionales.

Para *hablar claro* deben existir espacios. No se habla porque las decisiones ya están tomadas (clericalismo) o se excluye (verticalismo del poder); por lo que se demanda participación del laicado más activa y reconocida. El habla también vincula con el diálogo interreligioso y el ecumenismo, en los que hay poca experiencia, pero se siente su ausencia y la importancia de que exista lo que significa enfrentar prejuicios de todos los involucrados y espacios y métodos adecuados. En la misma clave de *hablar/escuchar* está la relación con los medios de comunicación y la necesidad de que la Iglesia hable de temas importantes que se enfrenta a la desconfianza por la pérdida de credibilidad por los delitos o encubrimientos de abusos.

En lo referido a las celebraciones, se valoran como espacios para construir pertenencia. Se sugieren celebraciones creativas, participativas, inclusivas, que conecten con la realidad e incorporen la diversidad de experiencias. También da cuenta de la necesidad de formación para que las celebraciones sean entendidas y vividas por toda la comunidad.

Por último, llama la atención que en distintas síntesis el lenguaje que se usa muestra a la Iglesia como una realidad institucional distinta de quienes hablan. Es decir, como un universo al que no pertenecen quienes dan opinión.

## 1. COMPAÑEROS DE VIAJE

Caminar juntos es una *recomendación misionera* que realza la importancia del proyecto común que orienta a los compañeros de viaje y da un sello de identidad a los que caminan juntos como “los fieles que cumplen su promesa y su compromiso bautismal, por tanto, todo el pueblo de los bautizados y todas las personas de buena voluntad”<sup>1</sup>. En ese sentido, es posible una clara identificación de los que “caminan juntos” y, por contraposición una gran diversidad de personas y colectivos que están más alejados: personas divorciadas que se vuelven a casar, madres solteras, matrimonios no católicos y homosexuales, pero también personas en situación de pobreza, las que viven adicciones, aquellos con otros estilos de vida, distintas confesiones religiosas o no creyentes, enfermos, envejecidos, jóvenes y mujeres en muchos casos. Destaca que dentro del grupo de los “alejados” se encuentran las manifestaciones de sincretismo religioso<sup>2</sup>.

En las síntesis se menciona que es mucho más fácil “caminar juntos” con los que piensan de manera similar o con aquellos a los que se siente cercanos y que es mucho más complejo caminar con los que no piensan igual o con los que no profesan el mismo credo<sup>3</sup>, entre otros. Por eso, en las comunidades hay quienes son dejados de lado -abandonados- pero también quienes se alejan *voluntariamente* por diferencias de opinión, doctrinarias o políticas; y también existen barreras físicas y geográficas<sup>4</sup> que conforman territorios donde cuesta llegar: “es difícil llegar a algunas de las islas por lo que las personas en ellas no son consideradas”<sup>5</sup>.

Las mayores dificultades para generar compañeros de viaje tienen raíces personales y comunitarias: el “caciquismo” (la mentalidad de ser jefe de tribu), las formas de vida más individual y aislada (aumentado por la pandemia del COVID-19) y la incertidumbre de hacia dónde se dirige<sup>6</sup> el camino; también porque faltan estructuras que faciliten el caminar juntos y no se presta la atención necesaria a los grupos que están en los márgenes y que necesitan mayor dedicación.

1 Haití, p.3

2 República Dominicana, p. 4

3 Cf. Puerto Rico, p. 1-2

4 Señalada por Cuba, Haití y Antillas

5 Antillas, p. 7 y p. 36

6 Puerto Rico, p. 2

A nivel de estructuras, se percibe una cierta falta de comunicación entre el nivel diocesano y el parroquial que genera la sensación de poca unidad. Esto se suma a la preocupación por cómo abordar la diversidad de miradas en variados ámbitos (teológico, económico, político, etc.). Si bien la diversidad enriquece, también complejiza las relaciones. Reconociendo las diferencias, una síntesis señala que “un sentido de comunidad y compañerismo es buscado por muchos, pero parece faltar”<sup>7</sup>, esto pareciera reforzar la percepción de un entorno eclesial poco receptivo que contribuye a mantener a las personas alejadas de la Iglesia.

A manera de síntesis, los problemas que se deben enfrentar en este sentido pasan tanto por actitudes individualistas y autoritarias, como por el clericalismo que se ve de parte de algunos miembros del clero que las personas viven como sentirse “no respetadas y juzgadas”<sup>8</sup>.

Avanzar hacia la creación de un espacio desde donde caminar juntos, demanda mirar a los que se han separado de la Iglesia y entender qué los ha llevado a esa decisión. Significa abrir las puertas de la Iglesia a quienes se sienten marginados, brindando un espacio de hospitalidad, empatía y escucha donde se promueva una familia eclesial sin prejuicios, pues preocuparse por el otro “es la clave de una comunión viva y la clave para crear una comunidad sostenible”<sup>9</sup>. Se trata de ser conscientes del otro, promoviendo la solidaridad; “mostrar preocupación por los que no están y salir a buscarlos sin esperar a que lleguen”<sup>10</sup>, abrir espacios de participación y formación en un entorno acogedor donde prime el diálogo.

## 2. ESCUCHA

La noción de “deuda de escucha”<sup>11</sup> es un aporte para mirar este eje; por un lado, se plantea la pregunta a la comunidad y a la percepción de que la Iglesia -si bien *escucha*, no siempre toma en cuenta lo dicho- pues las decisiones las toman los miembros del clero. Por otra parte, se reconoce esta *deuda* ante la sociedad y todos sus actores incluyendo divorciados, jóvenes, mujeres, grupos LGBTTIQ+, las familias, entre otros; llegando incluso a plantear que la Iglesia “aleja a los que no piensan igual que ella”<sup>12</sup>.

7 Antillas, p. 4

8 Antillas, p. 7. Original: “Persons feel disrespected and judged”

9 Antillas, p. 9

10 Puerto Rico, p. 2

11 Puerto Rico, p. 3

12 Id.

Existe un cierto consenso de que hay voces que son más oídas -como laicos con compromiso eclesial y consagrados-, pero la deuda es con los alejados, marginados y excluidos. A ellos se les “escucha de sus necesidades, pero (...) en casos puntuales (desastres naturales, catástrofes, etc.)”<sup>13</sup>. También existe una deuda con las mujeres y los jóvenes pues ambos grupos sienten que no son valorados ni escuchados. Aunque las primeras son las que más participan en la vida eclesial, no tienen voz en los espacios de decisión; la juventud se siente poco comprendida por una jerarquía eclesial que está fuera de sintonía con su cultura y sus formas de expresión<sup>14</sup>.

Finalmente, las síntesis plantean otra dificultad de la escucha que se expresa como un “sistema de clase dentro de la Iglesia y algunas personas son tratadas con más respeto que otras”<sup>15</sup>, sea por carisma personal o porque se puede obtener algún beneficio -doctrinal o económico<sup>16</sup>- de ellos. Eso hace que algunas personas sientan que no son escuchadas y que sus contribuciones no son consideradas o que solo algunos son escuchados. Hay esfuerzos de acercamiento a la comunidad donde se intenta promover actitudes de Diálogo, Escucha y Participación, tanto al interior como con personas del ámbito político. Si bien la experiencia ha sido enriquecedora para las comunidades que la han implementado, hay una gran disparidad de resultados y de involucramiento.

Como camino de salida, hay consenso de la necesidad de un cambio de mentalidad “[debe cambiar] nuestra cerrazón y falta de acogida ante los de fuera, respetarlos, aceptarlos (...) [El espíritu] nos pide cambiar nuestras actitudes ante las mujeres, los jóvenes y cambiar nuestra indiferencia ante las injusticias, los alejados y marginados” y generar “una actitud de búsqueda y acogida de aquellos que se sienten excluidos”<sup>17</sup>.

La Iglesia debe tomar el rol de “Familia de las Familias”, un lugar común de inclusión y comunidad, en donde sean capaces de escucharse unos a otros; y, para eso “hay que dedicar tiempo, (...) hay que detenerse, prestar atención”<sup>18</sup> y “abrir el corazón sin sesgos ni juicios, lo que transforma la Iglesia en una comunidad de amor”<sup>19</sup>.

13 República Dominicana, p. 6

14 La situación de mujeres y jóvenes es mencionada en todas las síntesis con distinto énfasis.

15 Antillas, p. 7

16 Haití, p. 4. Lit: “et ceux qui ont de quoi offrir (doctrinalement, financièrement)”

17 República Dominicana, p. 6

18 Puerto Rico, p. 3

19 Antillas, p. 9

### 3. HABLAR CLARO

Para hablar claro hay elementos clave: “dónde hablamos” y “de qué hablamos”. Al referirse al “dónde hablamos” es necesario generar entornos propicios inclusivos, acogedores y que generen confianza y libertad a las personas para “atreverse” a hablar, donde el que exprese una idea se sienta seguro, entornos que deben ser diversos y adecuados a las distintas realidades.

Una síntesis apunta a los medios de comunicación como un lugar “dónde hablamos” y constata que, si bien existe buena relación con medios de comunicación (católicos y no católicos) se percibe que los últimos tienden a ser hostiles con la Iglesia y se le exige de manera excesiva. Por otro lado, se señala un grado de silencio por parte de la Iglesia con respecto a temas de interés público en el ámbito social y ambiental en los que hace falta mayor proactividad.

Respecto al “de qué hablamos”, se señala que se habla de aquello que se conoce, de lo que se tiene formación. Esto es importante pues la principal dificultad para *hablar claro* es el miedo y la inseguridad en primer lugar; y en segundo lugar se menciona la imposición de la autoridad: no tiene sentido hablar si “los asuntos a tratar ya están decididos”<sup>20</sup>. Otra situación que genera poco incentivo para hablar es ver a miembros del clero como “entes apartes [...] dioses intocables” que no tienen tiempo para escuchar<sup>21</sup>. La gente tiende a expresarse más libremente cuando existe coherencia entre su forma de vida y el mensaje de la Palabra. Existe preocupación, porque algunas comunidades no se sienten como “espacios seguros por lo que la gente tiende a evitar compartir, expresarse y ser vulnerables”<sup>22</sup>.

Hay consenso en que el que habla a nombre de la comunidad es el responsable de ésta y que son personas idóneas para esa tarea; sin embargo, existe preocupación de no ser bien representados cuando hay agendas e intereses particulares. Si bien hay consenso de que cualquier persona bautizada es capaz de hablar en nombre de la comunidad, se resalta la necesidad de una mejor formación, tanto en temáticas específicas como en habilidades de comunicación: no se trata solo de saber qué decir sino cómo decirlo.

En la relación con los medios de comunicación se plantea el uso de las redes sociales, las síntesis coinciden en que son subutilizadas por la Iglesia. Se señala que ellas son una herramienta que está llegando a todas partes y que es importante utilizarlas en la comunicación de la fe, el desarrollo de la espiritualidad y la transmisión de posiciones morales y éticas.

20 Puerto Rico, p.3

21 Cf. Puerto Rico, p. 3-4

22 Cf. Antillas, p. 7

## 4. CELEBRACIÓN

Se una expresión común en las síntesis la importancia de la Eucaristía y de las distintas expresiones que nos ayudan a acercarnos a Dios, a fortalecer la fe y a participar, pero, por otro lado, se ve con preocupación, la tensión que existe entre el vivirlas de manera comunitaria o en forma individualista por parte de los feligreses, que las consideran “algo individual, sin verse en ellas el vínculo con el compromiso comunitario”<sup>23</sup>.

Se destaca la importancia de prepararse para celebraciones más vivas y participativas, que no se transformen sólo en un acto al que se acude por tradición o costumbre. Para animar la participación se necesitan espacios formativos que permitan a las personas entender el significado de la liturgia y sus signos; “mejorar el aspecto de la acogida [para] que sea reflejo de respeto, amor y caridad”<sup>24</sup>. Se sugiere, en esta línea, la necesidad de generar celebraciones más creativas, inclusivas y que consideren elementos culturales propios<sup>25</sup>.

Una síntesis menciona como dificultad que en las celebraciones “solo participan los del grupo escogido o “élite” y que no se les da oportunidad a los otros que asisten con regularidad”<sup>26</sup>; la falta de transporte a las parroquias; y la poca participación de la mujer debido a que no se le confían responsabilidades y no se reconoce su igualdad con otros miembros de la comunidad.

El rol del celebrante es relevante y deben darse pasos para formarlos de manera que generen mayor presencia en la comunidad. Hay una valoración positiva respecto a las celebraciones litúrgicas durante la pandemia de COVID-19, ya que fueron vistas como experiencias que permitieron reunir a las personas y reforzar un sentido de pertenencia y acompañamiento. Se señala que “La espiritualidad debe brotar de la fe y de la formación espiritual, alimentada por la celebración de la Eucaristía, que implica una preparación y ejecución inclusiva, para evitar una feligresía pasiva. Demasiadas homilias están vacías y no tienen contexto”<sup>27</sup>.

Los espacios de celebración acordes a una Iglesia sinodal para “caminar juntos” y “creer juntos” deben ser bien cuidados y preparados para que toquen los corazones, pongan a los fieles en contacto con Dios y con su compromiso bautismal y profético. La participación activa es “fomentada por la calidad y el sentido hospiti-

23 República Dominicana, p. 8

24 Puerto Rico, p. 5

25 Se mencionan distintas lenguas, signos, pero también accesibilidad para personas con movilidad reducida o incorporar lenguaje de señas.

26 Puerto Rico, p. 4

27 Antillas, p. 4

talario y pastoral de los sacerdotes para la liturgia”, por la adecuada formación de los fieles y la inclusión de instrumentos, cantos y lenguaje adecuados. Asimismo, por la presencia de ministerios laicos de lector y acólito<sup>28</sup>.

A fin de favorecer la participación en las celebraciones, se señala que es importante utilizar las redes sociales para difundirlas y, eventualmente, transmitir las. Se manifiesta la necesidad de hacer que las celebraciones conecten con la realidad cotidiana y generacional.

Una de las síntesis manifiesta preocupación por la falta de celebraciones ecuménicas<sup>29</sup> reconociendo que, si bien presenta posibles tensiones, también puede ser una posibilidad de diálogo.

## 5. COMPARTIR LA RESPONSABILIDAD DE NUESTRA MISIÓN COMÚN

Las síntesis dan cuenta de un sentido de ser parte en la misión de la Iglesia, pero se presentan situaciones que la dificultan. Por ejemplo, “no todos tienen conciencia del llamado a la Misión en su vida particular”<sup>30</sup> pues no se “vincula la realidad de este sacramento [Bautismo] a la dimensión misionera”<sup>31</sup>. Sin embargo, muchas veces es complejo -para los laicos- asumir la corresponsabilidad presenta dificultades, por la necesidad de conciliar las situaciones laborales, de familia y económicas. Por último, se percibe poco apoyo y acompañamiento desde la misma institucionalidad eclesial: “Se evidencia muy poco apoyo por parte de la Iglesia, ya que no hay convivencias ni relaciones interpersonales. En algunas ocasiones se ha llegado a cuestionar a los laicos por participar de grupos o actividades políticas”<sup>32</sup>.

Entre las áreas de misión que se están descuidando, hay grupos a los que no se está llegando “inmigrantes, los rechazados por la sociedad (drogadictos, gays, entre otros) la escucha a los hermanos separados y aislados (...), la formación a la feligresía y el cuidado del medio ambiente”<sup>33</sup>. Otras síntesis señalan como causa y consecuencia de esta deuda de escucha, la pérdida de vocaciones y el trabajo con grupos

28 Cf. Haití, p. 5

29 Antillas, p. 5

30 Puerto Rico, p. 5

31 Id.

32 República Dominicana, p. 8

33 Id.

vulnerables; la inclusión de jóvenes y niños, presos, sectores rurales, comunidades de bajos recursos, las madres solteras, entre otros.<sup>34</sup>

Es importante permitir y promover el rol activo del laicado “sabiendo que hay una misión y que están llamados a ella. Si la Iglesia promueve la misión y la lleva frente a los fieles para educar, iluminar, generar un sentido de disposición para ir a la misión, tal vez entonces los fieles lleguen a comprender por qué están llamados a ser parte de una Iglesia en misión y luego comenzar a cumplir ese rol”<sup>35</sup>. Esto requiere formación en la Enseñanza Social de la Iglesia, un mejor acompañamiento espiritual y planes de trabajo con objetivos claros.

## 6. EL DIÁLOGO EN LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD

Las Síntesis nacionales ponen de relieve los caminos institucionales del diálogo. Los canales a nivel interno (consejos, asambleas) funcionan, son claros y, además, se extienden a otros ámbitos de la sociedad civil. Pero hay conciencia de que no siempre los espacios “tradicionales” de diálogo (congresos diocesanos, fiestas patronales, etc.) son los adecuados si lo que se busca es escuchar a todos. Sin embargo, hay comunidades que plantean que no se da una colaboración formal entre los distintos actores de la vida eclesial y que, en general, cada una trabaja centrada en su programa.

Entre las dificultades para el diálogo se releva: primero, la percepción de la sociedad ante diversos temas que no han sido abordados de la manera correcta, especialmente los abusos sexuales que fueron encubiertos por la Iglesia en perjuicio de las víctimas. Esta situación ha perjudicado el diálogo con la sociedad. Segundo, la Iglesia no es percibida como un lugar seguro y de contención para las personas socialmente excluidas (homosexuales, adictos, divorciados), lo que ha generado -en muchos sectores- una visión de la institución como “rígida, despreocupada, inconsistente y autoritaria”. Se destaca en este nivel un llamado a reconocer los errores del pasado, ser más abierta y autoevaluarse de forma constante<sup>36</sup>.

Se identifica una serie de problemas en los que la Iglesia debe involucrarse y dialogar con otros a nivel social: como la pobreza, la violencia, las drogas, el maltrato, el abandono de los enfermos y los envejecidos, el suicidio, la salud mental, el aborto; así como en otras “problemáticas humanas” que involucran a grupos: los niños,

34 Cf. Puerto Rico, p. 5

35 Antillas, p. 31

36 Cf. Antillas, p. 7-8: “La Iglesia está llamada a reconocer sus errores del pasado, especialmente en áreas de insensibilidad en materia de justicia y caridad: También estamos llamados a ser más objetivamente abiertos con los demás y realizar una autoevaluación”.

los jóvenes, las personas LGTTIQ+, los mayores y las mujeres; los problemas relacionados con la familia (desintegración, abuso y violencia); y, a nivel de grandes temas: el relativismo, la ideología de género, la legalización del aborto, la planificación familiar, los embarazos adolescentes, el narcotráfico, la contaminación ambiental, la migración y el mal uso de los medio de comunicación<sup>37</sup>. El diálogo y la colaboración suelen darse “ante las situaciones urgentes: los huracanes, los temblores, la pandemia, la pérdida de casas por incendios, etc.”<sup>38</sup>.

A nivel de diálogo hacia el interior, se destacan los problemas que atañen a los jóvenes y al papel de las mujeres en cuanto a la toma de decisiones, la falta de compromiso de los laicos, la “emigración” a otras confesiones, el autoritarismo clerical, la formación continua y la jubilación del clero.

Se manifiesta que cuando el párroco promueve y anima a los feligreses a la participación, el diálogo se da de manera mucho más fluida. Asimismo, se valoran los esfuerzos de generar un diálogo con la sociedad en su conjunto a través de experiencias de conversación con políticos, grupos campesinos, grupos no asiduos a la comunidad cristiana y familias de personas privadas de libertad, pero “no siempre hay un diálogo permanente y sistemático con la sociedad”<sup>39</sup> y, en algunos casos, se deben mejorar los canales de comunicación entre la Iglesia y el Estado buscando mecanismos de diálogo y solución de conflictos.

## 7. ECUMENISMO

En relación al ecumenismo, aunque se menciona cercanía con otras confesiones con las que se comparte la fe en Cristo y se plantea que se ha “respetado el modo de vivir la fe de los hermanos de otras tradiciones y confesiones cristianas”<sup>40</sup>, claramente no es una convivencia sencilla. Falta comprensión respecto al diálogo ecuménico<sup>41</sup> porque existe una suerte de “rechazo mutuo”<sup>42</sup>, hay proselitismo de otras confesiones y un espíritu confrontacional frente a ciertos temas que no se mencio-

37 Cf República Dominicana, p. 10

38 Puerto Rico, p. 6

39 Id.

40 República Dominicana, p. 10

41 Cf. Antillas, p. 4 y 38

42 República Dominicana, p. 10

nan<sup>43</sup> pero que se expresa en propaganda anticatólica, acusaciones, humillaciones y las duras críticas al culto de la Virgen, los santos y los muertos<sup>44</sup>.

En los lugares donde se ha intentado generar diálogo ecuménico, los participantes lo han considerado enriquecedor y ha despertado la necesidad de repetir este tipo de encuentros. Aparentemente, este diálogo requiere la existencia de los espacios y métodos adecuados, donde los diversos grupos puedan compartir de manera fraterna lo que los acerca<sup>45</sup>.

Las síntesis señalan que el ecumenismo es una dimensión poco explorada y que toca temas complejos como las formas de vivir la fe, las actitudes de algunos grupos y elementos doctrinales, como la interpretación de la Palabra de Dios. Para avanzar, se plantea que se debe “fomentar el diálogo, buscando superar barreras, dejando el fanatismo y programar actividades conjuntas entre todos; propiciar encuentros fraternos y trabajos sociales juntos”<sup>46</sup>. Si bien puede ser difícil, es importante propiciarlos y que prácticas como el celo misionero y la audacia evangélica de los hermanos de otras denominaciones pueden inspirar las nuevas formas pastorales católicas<sup>47</sup>. Mientras, a nivel de diálogo interreligioso existe poco vínculo institucional y se reduce a “diálogos esporádicos y puntuales. Solo en temas de interés común”<sup>48</sup> pero está pendiente mayor acercamiento con los creyentes de otras religiones, principalmente por prejuicios mutuos que dificultan la comunicación<sup>49</sup>.

A modo de conclusión, existe un relativo consenso de que es necesario un plan que promueva una actitud ecuménica y, al ser consultadas, algunas comunidades cristianas no católicas mostraron interés en la generación de canales de comunicación<sup>50</sup>; además se reconocen espacios en los que el diálogo entre católicos y otras confesiones es fructífero, por ejemplo, la plataforma interreligiosa de “Religiones por la paz”<sup>51</sup>.

---

43 Puerto Rico, p.7

44 Cf. Haití, p. 7

45 Cuba, p. 2

46 República Dominicana, p. 11

47 Cf. Haití, p. 10

48 República Dominicana, p. 10

49 Cf. Haití, p. 6: “Desde el punto de vista doctrinal, hay muros; porque nos llaman Babilonia, una religión importada por los blancos, una religión del diablo. Este diálogo no es realmente fácil” (Traductor Google)

50 Cf. Puerto Rico, p.7

51 Haití, p. 6

## 8. AUTORIDAD Y PARTICIPACIÓN

Se reconoce que la autoridad en la Iglesia la ejerce el clero de acuerdo con su grado de responsabilidad en la estructura eclesial. También se señala que se han generado canales de participación para la comunidad, pero existen problemas que dificultan los procesos<sup>52</sup>. Es decir, las estructuras existen, pero algunas veces no funcionan como deben o generan espacios en que un pequeño grupo de personas acapara todas las responsabilidades<sup>53</sup>. En este sentido se demanda una mejor integración entre los líderes de la Iglesia y la comunidad.

Respecto al tema de la participación, en todas las síntesis se menciona que esta existe y que se fomenta a través del involucramiento de la feligresía a la vida de la Iglesia, a través de la asignación de roles y la delegación de responsabilidades, pero “aunque se convoca a la participación, se impone la autoridad”<sup>54</sup>.

Preocupa el excesivo clericalismo percibido en la Iglesia que genera poca identificación con la comunidad y que se traduce en una falta de compromiso e infantilización del laicado<sup>55</sup>. Se dan referencias al caciquismo y al autoritarismo lo que genera un sentimiento por parte del laicado de ser mero espectador, un actor que participa de manera limitada y “más para ejecutar que cualquier otra cosa”<sup>56</sup>. Una de las síntesis plantea su preocupación porque no se reconoce a las mujeres las mismas oportunidades y de derechos “se les niega el acceso a los ministerios ordenados, excluyéndolas así de la toma de decisiones” y agrega la necesidad de “abrirse a la posibilidad de ministerios ordenados para las mujeres”<sup>57</sup>.

Hay acuerdo en que “el autoritarismo es suicida”<sup>58</sup> y solo genera distancia con la Iglesia. En ese sentido, el camino que debe tomarse para crecer en sinodalidad es el de la “autoridad a través de la implicación de los fieles”, se trata de una autoridad que fomente la participación y genere conciencia y corresponsabilidad<sup>59</sup>.

52 CF. Puerto Rico, p. 7

53 Cf. Puerto Rico, p. 8

54 Cf. Puerto Rico, p. 7 -8

55 Cf. Antillas p. 6

56 Puerto Rico, p. 8

57 Solo señalado por Puerto Rico, p. 8

58 Haití, p. 7

59 Cf. Haití, p. 7

## 9. DISCERNIR Y DECIDIR

Las síntesis coinciden en que existen canales de participación y diálogo en los que se consulta sobre las decisiones de la vida de comunidades y parroquias pero que, finalmente, es la jerarquía quien toma la decisión en el nivel correspondiente. Los actores consultados explican que los métodos usados actualmente para discernir y decidir ayudan a escuchar al “Pueblo de Dios”, sin embargo, reconocen que existen situaciones que mejorar ya que, en algunos casos, “no se toma en cuenta los planteamientos de los movimientos y grupos comunitarios en la toma de decisiones”<sup>60</sup>. Otros distinguen dos posturas: una de gente más allegada a la vida eclesial que considera que los métodos y organismos para la toma de decisiones existen dentro de la Iglesia, y dos; el grupo que piensa que “el Párroco discierne y decide solo, y que al Consejo y el resto de los fieles sólo les corresponde ejecutar”<sup>61</sup>.

A partir del reconocimiento de un patrón de verticalidad en muchas comunidades y con distintos énfasis, donde las decisiones son sólo discernidas en un grupo pequeño y, finalmente, son tomadas por el párroco sin mucha más consulta, se propone tomar el modelo sinodal vivido para generar discernimiento de manera comunitaria. Se plantea que “hay que dejar de imponer y, en su lugar abrir espacios para escuchar a todos”<sup>62</sup>. En síntesis, promover una sinodalidad genuina y con transparencia “se materializa en la escucha y la acogida de los demás, el diálogo y el discernimiento practicados por los líderes de la Iglesia con sus colaboradores y compañeros de camino”<sup>63</sup> pues “discernir es sondear las mentes para comprender mejor la voluntad de Dios en cada una de las circunstancias de la vida y llegar a decisiones que pueda conducir a la aplicación de esta”<sup>64</sup>.

## 10. FORMARNOS EN LA SINODALIDAD

Todas las síntesis evalúan positivamente que el proceso de diálogo y encuentro -la experiencia sinodal- ha sido enriquecedor y que, si bien no ha redundado en el aumento de fieles en la vida de la Iglesia, ha generado “un crecimiento en la fraternidad y en la ilusión y esperanza que genera sentir que, a pesar de todo, Dios Camina con nosotros”<sup>65</sup>. Si bien se identifican espacios que fomentan el diálogo y

60 República Dominicana, p. 12

61 Puerto Rico, p. 8

62 Puerto Rico, p. 9

63 Haití, p. 8

64 Haití, p. 7

65 Cuba, p. 2

la capacidad escucha, se manifiesta que existe desconocimiento respecto de experiencias que promuevan el ejercicio de la autoridad de manera sinodal.

Se señala que es necesario “desaprender [el modelo] de la Iglesia piramidal, donde unos pocos deciden y los demás obedecen”<sup>66</sup>. Se requiere avanzar en una Iglesia más cercana a las “necesidades y realidades del pueblo”<sup>67</sup> con mayor presencia en las calles y en las comunidades en las que está inserta, es decir *una Iglesia en salida*. Para dar ese paso se requiere una formación sistemática e institucionalizada que promueva el discernimiento y el ejercicio de la autoridad de manera sinodal<sup>68</sup>.

Como Pueblo de Dios que quiere vivir una verdadera fe cristiana, formarse para la sinodalidad es el camino que la Iglesia debe tomar para poder generar comunidades eclesiales que respondan a los desafíos del siglo XXI; comunidades y cristianos que buscan “*formarse en el espíritu de ‘caminar juntos’, ‘creer juntos’, ‘crecer juntos’*”<sup>69</sup>.

---

66 Puerto Rico, p. 9

67 Id.

68 Planteado por Puerto Rico, República Dominicana y Haití

69 Haití, p. 8

